

Estímulos psicológicos o reales para las inversiones

Nos encontramos desde hace unos meses en el epicentro de una verdadera posición obsesiva para estimular las inversiones, como antesala, una vez salvado el bache del Plan de Estabilización, del momento final de la reactivación, que ha de ser el punto de partida, a su vez, del nuevo plan de desarrollo económico, aunque no puede decirse que el anterior se haya detenido en seco, porque, con más o menos lentitud y aunque no esté delimitado por ningún programa, continúa moviéndose, pues este año los índices de la actividad industrial se mueven en línea de prosperidad y de progreso.

Nos parece una idea acertada esta de estimular las inversiones. Es más, consideramos que debiera convertirse en una especie de consigna nacional. Únicamente hemos de hacer la advertencia de que una campaña de esta naturaleza debe vaciarse en un ambiente de estímulo, de halago, de lanzamiento del capital y del ahorro del país, pero nunca podrá crearse en un ambiente de amenazas, de peligros, de inseguridades y de dudas.

Toda inversión es un riesgo. Toda inversión, a la vez, es una incitación al lucro, al beneficio. El dinero, masa sedimentada del ahorro, se mueve siempre por esos dos impulsos, casi primarios. El codicioso de ir a la búsqueda de una ganancia. El intuitivo del espíritu de conservación, de evitación del riesgo excesivo, no perdiendo la liquidez. La inversión es el resultado de una batalla entre ambos. Cuando la perspectiva de beneficio se aproxima a cierto margen de seguridad, el temor al riesgo es vencido. Y el capital, el ahorro, el dinero, como se quiera llamarlo, abandona su preferencia de liquidez y va en busca de la inversión, cualquiera que sea su finalidad: tierras, casas, negocios, valores. Porque la perspectiva de ganancia pudo más que el miedo al riesgo.

Cierto que este juego de los dos factores, actuando sobre el ahorro individual, constituye una especie de principio primigenio, rudimentario, de actuación de esas dos funciones — ahorrar e

invertir —, pero sucede cosa parecida en las decisiones de inversión empresariales. Sólo que aquí se modifican, agrandándose, las proporciones de los capitales en juego.

Norteamérica, en los procesos del «forecasting» de la coyuntura, la marea, el flujo y el reflujo de las inversiones conjuntas de las nuevas industrias — sus renovaciones de equipo, sus expansiones o sus creaciones nuevas — suelen ser, a la vez, en sus contracciones o en sus crecimientos no sólo índices de la coyuntura, sino, también, expresión de los temores sobre el porvenir. Es decir, del miedo a la inversión. Y cosa parecida puede decirse de los movimientos de los stocks. Su vaciado habla de mala coyuntura. Baja de actividad y baja de precios. Miedo a perder. Su aumento, de euforia ante el porvenir. Mayores posibilidades de ganancia.

Pero ¿quién forma la coyuntura? En estos últimos tiempos todo parecía depender, en la economía de las naciones, en la coyuntura presente y en la futura, del dirigismo estatal; la realidad de los años presentes, con las inquietudes y preocupaciones de los Gobiernos de los más grandes Estados — Inglaterra y Estados Unidos a la cabeza —, nos ponen de relieve que cada vez son más peligrosas las tendencias keynesianas del progreso sin límite y que el fenómeno de la inflación, con sus amenazas, cada vez pone más preocupación y más frenos a la euforia incontenida de los Gobiernos, que han creído, hasta ahora, que las oleadas de prosperidad eran más beneficiosas para el país cuanto mayores fueran sus proporciones.

Pero con esto nos hemos desviado del tema. Las inversiones — nos referimos, claro está, a las privadas — necesitan para que se movilicen un fondo psicológico animador, alegre, favorable, que cree ante ellas un ambiente de halago, de estímulo y de perspectivas de honorable renta. Un horizonte donde los problemas de mercado les sean propicios. Con una fiscalidad que no tienda, constantemente, a echar sobre sus beneficios cada vez mayores cargas, a veces rozando el momento en que esas cargas co-